

su centro de gravedad particular, a lo que Gyssels recalca como tarea del futuro: “Dé-balkaniser, décloisonner reste un enjeu majeur pour les études littéraires caribéennes” (p. xvii).

*Frauke Gewecke*  
(Universidad de Heidelberg)

**Carolina Sancholuz: *Mapa de una pasión caribeña. Lecturas sobre Edgardo Rodríguez Juliá*. Buenos Aires: Dunken 2010. 391 páginas.**

Hace ya algunos años, desde la amplia y renovada producción crítica argentina, se vienen estudiando muy a fondo distintas problemáticas de la cultura caribeña. Tanto críticos reconocidos como Susana Zanetti o Celina Manzoni, como más jóvenes investigadores que desde el Centro de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de La Plata o desde la Universidad de Buenos Aires y su Instituto de Literatura Hispanoamericana, vienen generando una importante producción crítica sobre problemas culturales de la región antillana y continental del Caribe. El libro de Carolina Sancholuz, *Mapa de una pasión caribeña*, constituye un importante aporte a este campo de estudio.

Desde un principio, Sancholuz propone su estudio como el trazado de un mapa, un mapa que no está sujeto a un asunto territorial físico, sino que, en la progresión de su lineamiento, traza la espacialidad de un afecto: la pasión caribeña. El espacio trazado por este mapa se delinea, de forma transversal y articulada, hacia la lectura crítica de la obra del escritor puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá. En este sentido, Sancholuz lee en la obra de Rodríguez Juliá –tanto las crónicas como las novelas que ficcionalizan el siglo XVIII

puertorriqueño– un panorama, una espacialidad compuesta de diversas interpelaciones dirigidas a las distintas tradiciones interpretativas con que ha sido imaginada la compleja identidad puertorriqueña. La obra de Rodríguez Juliá es dispuesta, en el trazado de este mapa, como una propuesta espacial (tanto como textual), con la cual se interpela toda una tradición interpretativa de la identidad y la nacionalidad, asuntos que, al tener en cuenta la vigencia del colonialismo en la isla, son claramente problemáticos tanto en el aspecto social y político como en el cultural. En principio, en la lectura de Sancholuz, la obra de Rodríguez Juliá interpela la identidad puertorriqueña, pero también –mapa sobre mapa: mapa afectuoso, múltiple y abierto– la identidad caribeña, con la que la isla comparte la historia colonial, el esclavismo, la economía de plantación, la dependencia económica, la migración y toda una conformación cultural que, en términos de Rodríguez Juliá, permiten interpretar el espacio caribeño como la trama de una compleja heterotopía.

Pero ¿qué significado tiene, desde esta perspectiva, lo caribeño? Sancholuz, atenta a la dificultad de fijar –desde lo cultural, lo político, lo social– esta connotación en una sola esfera, elige dar cuenta de esa dificultad, retomando el pensamiento de Édouard Glissant en torno a la idea de “antillanidad” como una identidad abierta, una “unidad antillana como reconquista cultural e identitaria” (p. 24) que implica al sujeto caribeño. Al poner en diálogo la idea de “antillanidad” (así como la de “creolización”) de Glissant con el concepto de “isla que se repite” del ensayista cubano Antonio Benítez Rojo y con el de “archipiélago de fronteras externas” de la crítica chilena Ana Pizarro, Sancholuz plantea que el espacio caribeño, que ha tenido sobre sí una importante mirada crítica desde estos (y otros) ensayistas, se ex-

pele más allá de sus límites espaciales y geográficos, así como de sus fronteras políticas.

Esta ampliación de los límites espaciales geográficos y físicos del Caribe supone, a su vez, la ampliación del panorama crítico y textual con que ha sido leída la obra de Rodríguez Juliá. Al revisar las lecturas críticas a la obra del escritor puertorriqueño, Sancholuz toma derroteros propios que, sin interrumpir en ningún momento el diálogo crítico con los trabajos que han abordado las novelas y crónicas de Rodríguez Juliá, operan también espacialmente sobre la obra del autor trabajado. Si, por ejemplo, para Juan Gelpí, en su esencial ensayo “*Las tribulaciones de Jonás* ante el paternalismo literario”<sup>1</sup>, las crónicas de Rodríguez Juliá suponen una herencia y una continuidad con elementos característicos del *Insularismo* de Antonio S. Pedreira –“El cronista –cita Sancholuz a Gelpí– pasa a ser un padre figurado que manipula y, hasta cierto punto, subordina la oralidad ‘bastarda’ del otro” (p. 157)–, para Sancholuz esa herencia y esa continuidad tienen, también, puntos importantes de quiebre, como el hecho de que el cronista, en Rodríguez Juliá, da cuenta de la heterogeneidad social a través de la incorporación de la oralidad popular urbana. Y esto, resalta Sancholuz, lo hace en el cuerpo textual de sus relatos.

Si tradicionalmente la identidad puertorriqueña ha sido aglutinada a partir de la metáfora de la familia, para Sancholuz, las crónicas de Rodríguez Juliá hacen de esa metáfora privilegiada del pasado una dispersión, un estallido de fragmentos, cuyo sostenimiento se hace ya imposible. Si

bien la identidad puertorriqueña es en las crónicas de Rodríguez Juliá testimoniada a partir de la formación de comunidad, esta operación se da “en confrontación con su imposibilidad de asumirse como nación” (p. 145). Allí Sancholuz encuentra un importante punto de relación entre las crónicas y las novelas que ficcionalizan el siglo XVIII.

*La renuncia del héroe Baltasar, La noche oscura del Niño Avilés y El camino de Yyaloide*, novelas a las cuales Sancholuz considera, resignificando el concepto de Doris Sommer, “ficciones contrafundacionales”, comparten en su narración la imposibilidad de asumirse como nación. Esta imposibilidad se da a través de la puesta en escena de “las divisiones e incompatibilidades entre los diversos grupos sociales, étnicos, donde cualquier atisbo de heterogeneidad integradora se malogra mediante la represión sangrienta y la violencia” (p. 345), con lo cual la obra de Rodríguez Juliá, al decir de sus propias palabras, encarna, textualmente, narrativamente, “las posibilidades de lo que nunca fue”.

Simón Henao-Jaramillo  
(Universidad Nacional de La Plata,  
Argentina)

**Carlos Gamberro: *Ficciones barrocas. Una lectura de Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Cortázar, Onetti y Felisberto Hernández*. Buenos Aires: Eterna Cadencia 2010. 216 páginas.**

En *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, Alejo Carpentier afirma que el espíritu barroco renace en cualquier momento y en distintas artes, y que si hay un lugar propicio para la manifestación de esa esencia

<sup>1</sup> En: Juan G. Gelpí: *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. San Juan: Universidad de Puerto Rico 1993, pp. 45-60.